

Enseñanza de las matemáticas: viaje de pasión, resiliencia y superación

Teaching Mathematics: A Journey of Passion, Resilience, and Perseverance

Pedro Daniel Celis-Camacho¹ 

Cómo citar este artículo:

Celis-Camacho, P. D. (2024). Enseñanza de las matemáticas: viaje de pasión, resiliencia y superación. *Pre-impresos Estudiantes*, (26), 18-26.

Preludio

¿Puede una promesa familiar convertirse en el motor que transforma vidas a través de la educación? Esta es la historia de cómo el sueño de una madre, el rigor de un padre y los desafíos de una educación desigual encendieron en mí la pasión por enseñar matemáticas. No se trata únicamente de un relato de superación personal, sino del reflejo de una lucha constante por reivindicar el valor de una enseñanza empática y accesible, transitando desde las aulas más hostiles hasta las más inspiradoras.

Este relato autobiográfico constituye una invitación a concebir la docencia como un acto de resiliencia, propósito y transformación social. En él se revela cómo la vocación docente, nutrida por la empatía educativa, transforma la enseñanza de las matemáticas en un diálogo donde los números y las emociones se entrelazan.

Palabras clave: enseñanza de las matemáticas; relato autobiográfico; formación docente

Prelude

Can a family promise become the driving force that transforms lives through education? This is the story of how a mother's dream, a father's discipline, and the challenges of an unequal education system ignited in me a passion for teaching mathematics. It is not merely a story of personal growth, but a reflection of a constant struggle to reclaim the value of empathetic and accessible teaching, moving from the most hostile classrooms to the most inspiring ones.

This autobiographical narrative is an invitation to conceive teaching as an act of resilience, purpose, and social transformation. It reveals how the teaching vocation, nurtured by educational empathy, transforms the teaching of mathematics into a dialogue where numbers and emotions intertwine.

Keywords: mathematics teaching; autobiographical narrative; teacher education

¹ Licenciado en matemáticas, docente con experiencia en educación de jóvenes y adultos. pdcelisc@upn.edu.co.

Inicio del viaje

Soy estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional, actualmente estoy cursando el décimo semestre de la Licenciatura en Matemáticas, tengo veinticuatro años. Desde pequeño he sido una persona curiosa y llena de emoción por aprender cosas nuevas. A lo largo de mi trayectoria académica, he demostrado ser un estudiante responsable, comprometido y apasionado por el aprendizaje. Además, he tenido la oportunidad de desarrollar mi experiencia en educación como profesor de matemáticas en la Corporación CES Waldorf, donde he trabajado con adultos durante dos años. En mi tiempo libre, disfruto leer libros y practicar deportes. Me apasiona viajar y conocer nuevas culturas.

Por otro lado, quiero mencionar que en noveno semestre cursé el *Seminario de Práctica de Integración Profesional a la Escuela*, descubrí un espacio académico diseñado como una práctica de Investigación Formativa. Este seminario tenía como propósito principal acompañarnos mientras realizábamos la práctica, fomentando una conexión directa entre la teoría y la práctica docente.

Uno de los aspectos más enriquecedores fue el ambiente de discusión que se generó, donde compartimos y analizamos situaciones reales que enfrentamos en nuestras aulas. Con la ayuda de herramientas metodológicas y procesos de reflexión sistemáticos, logramos abordar estas situaciones de manera más efectiva y profesional. Además, este diálogo nos permitió reflexionar sobre nuestra identidad profesional como futuros educadores matemáticos, fortaleciendo nuestra comprensión del rol que desempeñamos en la enseñanza.

El seminario también nos introdujo a métodos de reflexión que ampliamente utilizamos en la comunidad educativa, como las narrativas autobiográficas y el enfoque R5. Aprendimos a investigar nuestra propia práctica educativa y a desarrollar habilidades para integrarnos en

comunidades de práctica colaborativa. Esto no solo mejoró nuestra capacidad de trabajar en equipo, sino que también fortaleció nuestro compromiso con el aprendizaje continuo.

Cabe destacar que una de las actividades realizadas consistió en la lectura de autobiografías de profesores de matemáticas, incluidas en los trabajos de grado de la Maestría en Docencia de la Matemática. Este ejercicio no solo me permitió reflexionar sobre las experiencias y trayectorias de otros educadores, sino que también me llevó a cuestionarme profundamente sobre mi identidad como docente y las razones que me llevaron a elegir esta profesión. En ese ejercicio me llamó especialmente la atención la biografía de Ana Pérez, cuyo relato me impactó profundamente por su constante lucha entre su amor por la enseñanza y las inseguridades que enfrentaba como docente. Su relato sobre el desafío de enseñar expresiones algebraicas refleja una mezcla de emociones, como la frustración de no lograr que los estudiantes comprendieran lo que para ella era sencillo, la duda ante sus propios métodos y la alegría cuando, pese a todo, veía avances en sus estudiantes. Momentos como cuando los educandos graficaron patrones en coordenadas polares y comenzaron a descubrir generalizaciones por sí mismos muestran la belleza de la enseñanza. Esa conexión mágica en la que ambos, docente y estudiantes, aprenden y crecen juntos. Es un recordatorio de cómo la educación está llena de altos y bajos emocionales, pero también de pequeñas victorias que hacen que todo valga la pena.

Las diversas actividades y las lecturas de las narrativas desempeñaron un papel fundamental como fuente de inspiración y guía en la construcción de mi autobiografía, la cual presento a continuación. Estas experiencias no solo alimentaron mi reflexión personal, sino que también me permitieron estructurar y dar sentido a los momentos más significativos de mi vida.

En este relato autobiográfico, se presenta una mirada profunda y personal a los momentos

y experiencias que han moldeado mi vida, influido en mis decisiones y forjado mi carácter. A lo largo de esta narrativa, exploro los aspectos clave de mi historia, desde mi infancia hasta la actualidad, destacando los eventos que han dejado una huella significativa en mi trayecto personal y profesional. La motivación para escribir esta autobiografía fue el deseo de comprender y reflexionar sobre las etapas que han definido quién soy yo y de compartir estas vivencias con la esperanza de que puedan inspirar o resonar con otros que también transitan sus propios caminos.

El punto de partida de este trabajo radica en las experiencias tempranas y los desafíos enfrentados en distintas etapas de mi vida, que no solo marcaron mi desarrollo, sino que también me enseñaron lecciones de valor, perseverancia y resiliencia. Estos eventos, tanto los momentos de éxito como los de adversidad, han sido fundamentales en el proceso de auto-descubrimiento y crecimiento.

Desde niño, luchando por cumplir el sueño de mi madre y la lección de mi padre

Desde que inicié a estudiar en el colegio, recuerdo las palabras de mi madre que decía “quiero que mis hijos sean profesionales y tengan la vida que siempre quise tener”, esas palabras nunca las he podido sacar de mi cabeza. En los primeros años, en el colegio me destacué por sacar buenas notas, para que mis padres se sintieran orgullosos de mí, siempre llegaba del colegio a casa y, de inmediato, me ponía a realizar todas las tareas. No necesitaba que mis padres revisaran mis cuadernos para saber si tenía tareas; ellos se daban cuenta de mi compromiso al ver que cumplía con mis responsabilidades. Nunca esperé un regalo o un premio por obtener siempre el primer puesto en el boletín, solo quería cumplir ese sueño de mi madre.

Cuando pasé a bachillerato estaba angustiado, porque mis hermanos mayores me comentaban que era más difícil, que los profesores no tenían paciencia y que querían hacer todo rápido, además, revisaban las tareas y si estaba mal su nota era cero. Cada vez que escuchaba los comentarios, me preocupaba porque no tenía el tiempo para enfocarme por completo al estudio, ya que, desde los seis años, mi padre me sacó a trabajar para enseñarme a negociar y no ser una persona ingenua al enfrentarme a la vida. Los comentarios de mi padre eran “hijo, yo sé que eres muy pequeño, pero debes ser un guerrero como tu padre, no tuve la oportunidad de estudiar por culpa de tu abuelo, pero en este instante te estamos dando educación, pero eso no significa que solo debas estudiar, también debes trabajar y rendir cuenta en ambos oficios”.

Decidí seguir el consejo de mi padre y luché por sacar buenas notas mientras trabajaba. En ese momento me tocó muy duro, no dormía bien y llegaba cansado a las clases, pero eso no me impedía obtener las mejores calificaciones. A las entregas de boletines siempre iba mi madre y los profesores la felicitaban por mis notas. Al llegar a casa, mi padre solicitaba el boletín y revisaba mis notas, una vez que se daba cuenta de que eran buenas, solo me decía: “ya se puede ir”. Para mí, era normal escuchar este tipo de palabras. No me afectaba, solo quería cumplir esa promesa que me hice desde pequeño, llegar a pisar una universidad y obtener un título universitario.

El costo de un sueño al tener que trabajar, estudiar y superar los desafíos económicos

Todo iba bien hasta que en grado undécimo me tocó asistir al colegio en contrajornada, es decir, siempre estudié en la jornada tarde y en las mañanas trabajaba, pero al darle esa

noticia a mi padre, se sorprendió y me hizo un comentario: "Qué vamos a hacer, *debes trabajar*". Cuando escuché lo que dijo mi padre, mi pensamiento fue retirarme de estudiar y dedicarme a trabajar. Se me nubló la mente y me sentí mal al pensar en que no podría cumplir la promesa que le hice a mi madre. Pasados algunos días, comencé a buscar una solución y lo único que se me ocurrió fue decirle a mi padre que me dejara estudiar, asegurándole que seguiría trabajando los fines de semana como de costumbre. Y que, al finalizar el año, cuando supiera que iba a aprobar el año, me dedicaría a trabajar día y noche para recuperar el tiempo perdido. Cuando le mencioné lo anterior, lo único que dijo fue: "listo, dele las gracias a su mamá". Al escuchar lo que dijo mi papá abracé a mi mamá y se lo agradecí.

Finalizando el año, tuve las mejores calificaciones del curso y me sentí bien, porque al fin tuve algo de tiempo para dedicarle al estudio y así, estar más cerca de cumplir mi promesa. En ese momento, estaba realizando trámites para obtener una beca en una universidad privada y estudiar contaduría pública. ¿Por qué esa carrera? Simplemente, era la opción más económica, y la beca solo cubría el 75 % de los costos. Pero para nadie es un secreto que dicha universidad es muy costosa y mis padres no podían costear el restante. Por eso, comencé a trabajar en un almacén de cadena todas las vacaciones, día y noche, para conseguir suficiente dinero para pagar la universidad. Llegado el momento de pagar, mi papá me colaboró con la mitad del dinero y yo puse la otra mitad.

Del orgullo a la frustración al enfrentar las brechas académicas en la universidad

Dentro de mí, estaba muy contento, porque había alcanzado un gran logro: graduarme del colegio y poder pagar el semestre de la universidad. Antes de entrar a clases, estaba confiado

porque me sentía preparado académicamente, no puedo decir que me fue mejor en una materia que en otra; en general, me fue igual de bien en todas. Sin embargo, al ingresar a la semana de inducción, me llevé una gran sorpresa por varias situaciones que se presentaron.

La primera fue cuando tuve que presentar la prueba de inglés para que me clasificaran en un nivel y continuar en el proceso. Me sentí la peor persona del mundo, ya que tenía que entablar un diálogo con el profesor y mantener la conversación. No logré hablar ni un minuto y mucho menos entender lo que me preguntaban. En ese momento, sentí que había sido estafado en cuanto a los conocimientos que me había brindado el colegio. Creía que me había ido bien en inglés, porque en contrajornada tomé una materia extra, con una profesora que tenía paciencia al enseñar y siempre me decía que yo era el mejor estudiante de todos los cursos de undécimo. Pero al enfrentarme a lo que me sucedió en la universidad, me di cuenta de que solo memorizaba palabras en inglés y las traducía al español, pero nunca me imaginé que el inglés fuera un campo de estudio tan amplio.

La segunda situación tuvo que ver con una materia llamada *Escritura y Redacción*, donde me di cuenta de que tenía malas bases, porque al leer los textos que traía la profesora, no los entendía y me sentía frustrado, ya que todos los estudiantes leían y comprendían al instante. Cada uno pasaba al frente del salón y compartía lo que había comprendido, pero la profesora me dijo que tenía dificultades en la parte lectora. En ese momento recordé que en el colegio no nos ponían a leer libros, textos, literatura, entre otros. Una vez más, me sentí estafado y pensé que en realidad lo que había aprendido en el colegio no era nada en comparación con lo que aprendieron mis compañeros de clase que habían salido de algunos colegios privados.

La tercera, la que me llevó a la desgracia y a no querer estudiar jamás en una universidad. Fue en la clase de matemáticas, más espe-

cíficamente en *Precálculo*. La docente, de la que nunca olvidaré su rostro, su forma de ser, su carácter fuerte, entre otras cosas, al iniciar la clase, nos dijo: “ustedes ya son grandes y pasaron por la matemática básica del colegio, sin embargo, voy a hacer un repaso de lo que ustedes ya deben saber, voy a perder el tiempo, pero me toca”. Al escuchar lo que dijo la profesora sentí miedo, pero pensé que no sería tan difícil, ya que, simplemente eran números. Acto seguido, la profesora nos pasó un libro pequeño y nos dijo que la universidad nos lo regalaba. Se titulaba *Ejercicios de matemáticas fundamentales, por Oscar Silva Silva*. Al observar los contenidos, bajé la mirada porque no había visto esos temas en el colegio y pensé de inmediato: “otra materia en que me estafaron”.

La docente indicó que abriéramos el libro en la página 25 y que, por orden de lista, pasaría a cada uno a resolver el ejercicio correspondiente a los diferentes casos de factorización. Cada estudiante pasaba y lo resolvía sin ninguna dificultad, mientras tanto, yo estaba hablando con dos compañeras que eran las únicas que se ponían en mi lugar y, en el diálogo, ellas me comentaban que habían estudiado los casos de factorización, pero no recordaban cómo hacerlo. Luego, pasó un estudiante al tablero y le tocó resolver el ejercicio, que a estas alturas se ve fácil de realizar, pero en aquel tiempo yo no tenía ni idea de cómo hacerlo. En el colegio jamás vimos los casos de factorización, en ese instante me pregunté ¿Qué temas fueron los que vi en octavo? Recordé que en ese tiempo hubo un cambio de docente, y el nuevo solo nos proporcionaba guías, pero hasta donde recuerdo, en dicho grado nunca vi letras.

El estudiante no pudo realizar el ejercicio planteado, la actitud de la profesora no fue agradable y lo hizo sentir la peor persona del mundo delante todos los compañeros. Me acuerdo de que le dijo: “¿cómo no va a poder realizar un ejercicio tan fácil que es de grado octavo? Usted ya es grande, aquí no venga

hacerme perder el tiempo, la única pista que le doy es diferencia de cuadrados y lo debe realizar, así que no haga perder el tiempo de sus compañeros”. El estudiante con lágrimas le dijo a la profesora que no se acordaba, que pasara a otro compañero, la profesora le dijo: “está a tiempo de retirarse de la universidad o cambiar de carrera, no sirve para estudiar contaduría”, lo único que hizo el estudiante fue agarrar sus cosas, salió del salón llorando y destrozado internamente.

Al ver esta situación no sabía qué hacer, porque tampoco sabía cómo realizar el ejercicio que para la profesora era muy fácil. Al instante escuché mi nombre y me dijo la profesora que resolviera este ejercicio: $(3x - \frac{1}{2})^2 - (2x + \frac{1}{3})$. Al verlo no me sentía cómodo pasando al tablero porque no sabía cómo resolverlo, lo que me salvó fue que ya era hora del descanso, por lo cual, la docente manifestó que cuando regresáramos del descanso continuaríamos con el ejercicio que le tocó a Pedro. Al salir al descanso, mis dos compañeras me dijeron que ese ejercicio estaba muy difícil, que no sabían cómo comenzar a desarrollarlo para ayudarme.

Ante esa situación, con preocupación, angustia, miedo y con pensamientos negativos, decidí salir de la universidad e irme para la casa, no quería sentir lo mismo que le pasó al compañero. En el trayecto de la universidad a la casa, empecé a cuestionarme si de verdad fui el mejor estudiante de mi colegio, si todas las medallas, las menciones de honor, el homenaje a la mejor tesis que me gané con esfuerzo fue una simple fantasía. Llegué a la conclusión de que simplemente salí mal preparado del colegio, y lo que gané son simplemente objetos. También decidí no volver a estudiar en una universidad “para qué seguir intentando si perdí doce años de mi vida”, en ese instante pensé que mi papá tenía razón, cuando me decía que trabajar era la mejor opción.

De la duda a la determinación, una segunda oportunidad para seguir adelante

Cuando llegué a la casa, saqué valor y le comenté a mis padres lo sucedido. Mi mamá lo asimiló con calma y me dijo que entendía la situación, pero mi papá no me dijo que debía seguir estudiando y terminar la carrera, pasó por encima de mis emociones, así que me fui al cuarto enojado. Después de unos minutos, quería hablar con mi mamá al respecto y decirle que no pude cumplir mi promesa, y que me iba a poner a trabajar como siempre me lo dijo mi padre, pero al escuchar a mi madre llorar y decirle a mi padre que yo era la única esperanza que tenía de salir graduado de una universidad, me conmovió y me propuse estudiar fuertemente las materias en las que tenía dificultad. Así que les dije a mis padres que iba a seguir estudiando. En medio de los problemas y la pérdida de clases, lo mejor que me recomendaron las personas del Bienestar Universitario de la universidad fue que aplazara el semestre y volviera a retomar el siguiente.

De este modo, aproveché el tiempo y me inscribí a un curso de inglés de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y fui a la biblioteca del barrio y vi un libro de 1614 páginas, que explicaba una gran parte de las matemáticas básicas —como las llamaba la profesora de matemáticas de la universidad—, como aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, geometría analítica, cálculo diferencial y cálculo integral, entonces empecé a estudiar fuertemente el libro y también el curso de inglés.

Vencer los miedos y compartir el conocimiento: mi regreso a la universidad

Pasado el tiempo de un semestre, volví a pisar la universidad privada, con todas las ganas

de aprender, pero a la vez con algo de miedo, aunque esta vez muy confiado, porque llegué al nivel A2 de inglés y pude estudiar hasta la página 1000 del libro de matemáticas con el solucionario de todos los ejercicios propuestos. Así que cuando me tocó de nuevo hacer la prueba de inglés, pude entablar un diálogo con la persona que me estaba evaluando y le entendía la gran mayoría de palabras y le respondía con las bases que tenía y sí, afortunadamente quedé clasificado en el nivel A2 de la universidad. Ahora bien, en *Precálculo* quería que me tocara con la misma profesora que estaba antes, pero desafortunadamente no estaba dando clase y la trasladaron a otra facultad, esto de pronto por la problemática que se presentó. Como el funcionario de Bienestar Universitario me dijo que le contara el motivo, yo le conté absolutamente todo lo sucedido, entonces creo que por esa situación trasladaron a la profesora. Pero todo pasa por algo, porque llegó un profesor llamado Santiago Pérez, que se destacaba por su espectacular forma de enseñar, para que todos los estudiantes le prestaran atención y no se aburrieran de las matemáticas; era admirable. En ese momento me pregunté ¿por qué no me tocó con un profesor así desde un inicio?, y no con una profesora que no sé si merezca que la llamen de esa forma.

Cuando el profesor preguntaba “quién quiere pasar al tablero a resolver este ejercicio”, yo era el primero en ir y solucionar el ejercicio, el profesor me decía explíquelos y yo les explicaba a los estudiantes. Había comentarios como “¡ayyyyyy sí! ya entendí”, “El muchacho explica bien, quisiera que mi profesor de matemáticas explicara de esa forma”, entre otros. En este punto, comenzó mi amor por enseñar a estudiantes que no entendían las matemáticas, que enfrentaban dificultades similares a las que yo había experimentado. En todas las clases, el profesor me daba la oportunidad de enseñar a otros estudiantes, porque veía potencial en mí para las matemáticas. En una ocasión, me preguntó: “de qué colegio eres”, en ese instante me sentí

incómodo al responderle. Le dije: “salí de un colegio donde no me enseñaron lo necesario para enfrentar la vida universitaria, lo que sé en este momento es porque estudié libros por mi propia cuenta”, el profesor al escucharme notó que no quería hablar al respecto y me dijo “eres todo un valiente, no cualquiera hace eso, de estudiar por sus propios medios y más con libros”.

De la Contaduría a las Matemáticas, un cambio de rumbo en busca de cumplir un sueño

En este contexto, las clases avanzaban y me estaba yendo bien en todas las materias. Me sentí como en aquellos tiempos en los que estudiaba y las materias se me facilitaban, pero dentro de mí sentía un dilema: no sabía si seguir estudiando o cambiar de carrera. El profesor de matemáticas de la universidad me hizo comprender que no todos los docentes de matemáticas son malas personas y que debido a la actitud de algunos profesores que tratan mal a los estudiantes, muchos educandos les tienen miedo a las matemáticas. Así que me di cuenta de que realmente lo que quería estudiar era algo relacionado con enseñar matemáticas y me puse a averiguar al respecto, hasta que supe de la Universidad Pedagógica Nacional, que es la educadora de educadores, y decidí estudiar allí.

Le pregunté al profesor Santiago dónde había estudiado matemáticas para ser docente, a lo que me respondió “en la Universidad Pedagógica Nacional que es la mejor para sacar licenciados en Matemáticas”. Como ya había investigado sobre la universidad, le dije que me interesaba estudiar matemáticas, y me respondió lo siguiente “estudiar matemáticas es difícil, y muy agotador, pero si realmente quieres estudiar para ser docente y te nace, hazlo,

siempre hay una primera vez”. De esta manera, decidí renunciar a la beca que había ganado y a la plata que se invirtió, dejé todo atrás, faltando diez días para terminar el semestre, no quería terminar algo que no me gustaba (Contaduría Pública). Esperé que subieran las notas al sistema Banner, para contarles la decisión a mis padres y que no dijeran que renuncié porque me quedó grande, sino mostrarles las notas que tenía, todas por encima de 4 y Precálculo 4,7 sin presentar el examen final. Mi mamá, como siempre, me respondió que todo iba a estar bien. Sin embargo, mi papá me cerró las puertas para seguir estudiando; ya no me iba a colaborar económicamente, y me invitó a que buscara la manera de seguir estudiando si era lo que deseaba.

Ante esta situación, comencé a estudiar matemáticas por mi cuenta y trabajar para comprar el pin y, así, poder realizar las pruebas de admisión de la Universidad Pedagógica Nacional. En los dos primeros intentos no fui aceptado, pero eso no impidió que siguiera intentándolo. En el tercer intento, me llegó un correo informándome que había pasado la prueba específica y que me citaban para realizar la entrevista. Preciso ese correo llegó cuando estaba de visita en la casa de mis padres, y al escuchar dicha noticia, mi mamá me abrazó y me dijo: “hijo, siempre he confiado en ti y sé que lo vas a lograr, eres una persona muy dedicada al estudio y pasaste por varios problemas y los enfrentaste”. Escuchar esas palabras me hizo sentir que todo lo que había estudiado había valido la pena, que solo faltaba la entrevista, para poder decir que era parte de la comunidad educativa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Mientras esperaba ansiosamente la entrevista, me dediqué a enseñar matemáticas a las personas cercanas y, así, fue aumentando el número de personas que querían que les explicara hasta llegar a preparar a estudiantes que estaban estudiando en la universidad. En ese

proceso, confirmé que tenía paciencia y el amor de enseñar como me lo había dicho el profesor Santiago. Escuchar el agradecimiento de cada una de las personas que ayudé me hacía sentir contento, porque estaba cumpliendo con el propósito por el cual había decidido estudiar Licenciatura en Matemáticas: “no hacer sentir mal a las personas que están estudiando matemáticas y darles una oportunidad para que aprendan y se sientan cómodos, sin ningún temor al enfrentarse a dicha materia”.

Al momento de presentarme a la entrevista, pensé en las palabras que siempre me decía mi papá “uno en esta vida está solo, y si nadie pelea por lo que quiere, nadie lo va a hacer por usted, hay momentos en que uno no debe pensar en las demás personas, sino en uno mismo para poder triunfar”. Así que apliqué lo que me había enseñado, pensar solo en mí y no preocuparme por los demás. Al entrar a la sala donde estaban realizando la entrevista había cuatro estudiantes y dos profesores. Cuando empezó la entrevista los docentes realizaban preguntas y era el que primero levantara la mano, y yo sin pensar la respuesta alzaba la mano y respondía lo que se me viniera a la mente. Afortunadamente me fue bien y al salir de la entrevista tenía la certeza que ya había pasado los filtros y que me iban a enviar el correo diciéndome que pasé a la universidad. Cabe decir que al salir de la sala había dos estudiantes que no habían participado y salieron llorando, en ese instante me sentí mal, pero también pensé que de alguna manera tenía que destacarme y darle la noticia a mi madre.

Logros compartidos, de un sueño familiar a una pasión personal por enseñar

Días más tarde, me llegó el correo que decía que fui aceptado y que tenía que estar atento a la documentación que debía entregar. Al leer esa noticia, lo único que se me vino a la

mente: “por fin entré a la primera etapa para cumplir mi sueño y el de mi madre”. Cuando le di la noticia a mi mamá se puso muy contenta, porque pasé los filtros de la universidad y por lo que fui el único de la familia en ingresar a una universidad pública.

Al iniciar mis estudios universitarios, aunque había estudiado de forma autónoma y me sentía preparado, me enfrenté a grandes desafíos académicos. Al cursar *Elementos de Geometría*, me enfrenté a un reto inesperado. Inicialmente, asumí que la materia trataría sobre el cálculo de perímetros, áreas y volúmenes de figuras abstractas. Sin embargo, desde el primer día, la docente nos llevó a cuestionar nuestros conocimientos previos con preguntas como: “Escriba afirmaciones de la que pueda estar completamente seguro de que son ciertas”.

Este ejercicio me hizo reflexionar sobre la naturaleza del conocimiento matemático y me llevó a enfrentarme a herramientas y conceptos que no había manejado antes, como el uso del editor de ecuaciones y la notación matemática formal. Además, uno de los mayores desafíos fue la introducción de las demostraciones a tres columnas, un método que, en un principio, resultó complejo de comprender.

Con el tiempo, la dificultad de la materia aumentó, ya que las clases se centraban cada vez en la construcción de demostraciones rigurosas. A medida que avanzábamos, el enfoque pasó de las demostraciones en tres columnas a las de dos columnas, lo que exigía mayor precisión y claridad en el razonamiento matemático.

Otra dificultad surgió al cursar la materia de *Teoría de Conjuntos*, por lo que me encontré con un enfoque inesperado, ya que las clases se centraban exclusivamente en demostraciones. El docente estructuró el curso mediante exposiciones de los estudiantes en cada sesión, sin brindar explicaciones detalladas que facilitaran la comprensión de los conceptos, los cuales eran altamente abstractos. Además,

nos indicaba que debíamos leer el libro guía y extraer de allí los ejercicios para nuestras exposiciones. Sin embargo, el texto resultaba complejo y poco accesible, lo que dificultaba aún más el aprendizaje. A lo largo del semestre, esta metodología se mantuvo sin variaciones, lo que limitó la posibilidad de aclarar dudas y profundizar en los temas de manera efectiva.

En el primer semestre, al exponer frente a mis compañeros, me sentí inseguro debido a la experiencia previa de la universidad privada, donde algunos profesores desmotivaban a los estudiantes con actitudes negativas. Para mi sorpresa, en esta nueva etapa encontré docentes que, aunque estrictos, son apasionados por la enseñanza. Este contraste me ayudó a distinguir entre la exigencia que impulsa el crecimiento y las actitudes desmotivadoras. Gracias a ese aprendizaje, transformé mis miedos en confianza y desarrollé habilidades para enfrentar retos académicos, lo que me permitió avanzar con firmeza semestre tras semestre hasta llegar a donde estoy hoy.

Con el tiempo me he dado cuenta de que desde pequeño había querido salir adelante, para cumplir el sueño de mi madre. Sin embargo, mientras estudiaba cambié esa forma de pensar. Como hijo siempre busco que mis padres se sientan orgullosos de mí, y eso era lo que yo pensaba en aquel momento. Por esa razón quise ingresar a la educación superior, aunque no era la carrera que más me apasionaba, como me sucedió en aquella universidad privada. Ahora pienso en mis intereses y en lo que realmente me gusta hacer: enseñar. Sin dejar de lado el deseo de que mi madre también se sienta feliz cuando me gradúe.

Cerrar un capítulo, abrir futuros

Al finalizar esta etapa de mi vida, me doy cuenta de que la educación no solo es un camino hacia el conocimiento, sino una travesía que mol-

dea nuestra identidad y propósito en la vida. Mirando hacia atrás, los desafíos y los logros en mi formación académica no solo me enseñaron contenidos, sino que forjaron mi carácter resiliente y comprometido. Esta experiencia me ha permitido entender la importancia de la disciplina, el esfuerzo y el valor de superar cada obstáculo como una oportunidad de crecimiento.

A lo largo de este relato personal, he aprendido valiosas lecciones. Cada dificultad y cada éxito han dejado huellas profundas, y se han convertido en pilares que hoy sostienen mi identidad y mi vocación como educador. Estos aprendizajes han impactado mi vida, brindándome una perspectiva que me ayuda a conectar y empatizar con los demás, especialmente con aquellos que también enfrentan desafíos en su propio camino educativo. Esto puede resonar en otras personas que se encuentran en situaciones similares, recordándoles que es posible superar adversidades con perseverancia y visión.

Este recorrido me ha permitido evolucionar, he pasado de ser un estudiante inseguro y temeroso a un profesional comprometido con una visión clara: hacer la educación matemática un proceso significativo y accesible para todos. Momentos clave, como el apoyo de mi madre y las experiencias universitarias, han sido fundamentales en esta transformación, impulsándome a ser mejor y a continuar perfeccionándome para alcanzar mis metas.

La relación con los demás ha sido un pilar fundamental en esta trayectoria, desde el apoyo incondicional de mi familia hasta el aprendizaje colaborativo con colegas y estudiantes, cada vínculo ha enriquecido mi perspectiva y me han dado fuerzas en momentos difíciles. Estos lazos han reafirmado mi deseo de devolver a la comunidad lo que he aprendido, ayudando a otros a alcanzar sus metas.

En cuanto a mis aspiraciones futuras, deseo seguir creciendo como educador y convertirme

en un referente en la enseñanza de las matemáticas, inspirando a mis estudiantes a ver esta disciplina no solo como una asignatura, sino como una herramienta para realizar diversas

aplicaciones que les ayuden en su contexto personal y en lo académico. Aspiro a construir un legado basado en el compromiso, la empatía y la pasión por enseñar.